

El anciano ante la muerte: análisis del discurso en el noreste de México

Jesús Rivera Navarro
Sandra Elizabeth Mancinas Espinoza

Introducción

EL ENVEJECIMIENTO POBLACIONAL es un fenómeno crucial en la segunda mitad del siglo XX en los países desarrollados, y adquiere gran relevancia en los países en vías de desarrollo a finales de dicho siglo y a principios del XXI (Ham, 2003); dicho fenómeno es producto fundamentalmente de una serie de variaciones en los indicadores demográficos, tales como el aumento de la esperanza de vida, la disminución de la tasa de fecundidad y el descenso progresivo en la tasa de mortalidad (Solís, 1999). Este incremento, porcentual y en números absolutos, de las personas mayores ha dado lugar a que la ancianidad se convierta en objeto de estudio desde múltiples perspectivas (antropología, sociología, medicina, etc.) y muchos han sido los temas que han sido abordados tomando como sujetos de investigación a los adultos mayores.

Precisamente, uno de los ámbitos a tratar en el envejecimiento como proceso es la muerte (Canal, 2004); en la vejez ésta se hace presente a través del fallecimiento de seres queridos (amigos, familiares, pareja) y da lugar a que sea un tema más próximo y tangible que en generaciones anteriores. Diferentes aspectos como el miedo, la angustia y la influencia de factores culturales tendrán su implicación en la gestación de este concepto en los ancianos (Blanco Picabia y Antequera-Jurado, 1998).

Para comprender las actitudes que el anciano va a adoptar en un momento determinado ante el hecho de la muerte (ya sea personalizada o ajena) se hace imprescindible analizar previamente conceptos y percepciones que se han manejado en torno a este tema tanto en el mundo occidental, como en el

ámbito de las culturas híbridas —América Latina, incluyendo a México— (García Canclini, 1990), para llegar a la visión que en este momento histórico y geográfico se mantiene hacia la muerte y el morir, teniendo en cuenta que estos conceptos y actitudes vigentes en la sociedad son, con seguridad, compartidos en mayor o menor grado por cada uno de los ancianos que en ella se encuentran (Blanco Picabia y Antequera-Jurado, 1998).

De una manera universal, la muerte se presenta para el hombre como un hecho que trasciende lo exclusivamente natural o fisiológico, pudiendo ser considerada como un acontecimiento determinado por una doble dimensión: 1) individual, en cuanto afecta al sujeto y, 2) social, porque supone un evento que afecta asimismo a aquellos que, de alguna manera, se relacionaron con quien ha fallecido (Morin, 1994).

Haciendo hincapié en la dimensión social de la muerte, varios autores han abordado la evolución de su percepción en la sociedad occidental (desde finales del siglo XIV) y coinciden en que dicha percepción ha atravesado una serie de etapas,¹ que en general van de una concepción de la muerte como intervención directa de Dios, tránsito a otro mundo y una coexistencia familiar con la misma, hasta una última etapa en que la muerte se medicaliza y se consolida el hospital como lugar de fallecimiento (Illich, 1976; Ariès, 1987).

En América Latina, y concretamente en México, de la conquista espiritual hecha por los españoles resultó un rico sincretismo religioso, en donde el concepto indígena de la muerte juega paralelamente con las ideas cristianas del más allá (Ramírez, 1994), dando lugar a rituales en los cuales se ponen en juego símbolos que materializan la conciliación de ambas culturas. Dichos ritos² muestran, aún hoy en día, una representación conjunta de la vida y de la muerte real, y una supresión del horror por la misma; de igual manera, las manifestaciones lingüísticas y la convivencia con la muerte como manera de superarla son indicadores de esta percepción sincrética (Sandoval, 1994).

Además de estos condicionantes culturales, hay autores que admiten que el grupo de edad puede también determinar la percepción que se tiene del tema objeto de estudio, basándose en que el concepto que se tiene de la muerte se modifica y configura a lo largo del desarrollo evolutivo del hombre y por lo tanto, después de todo un ciclo en el cual se han ido asimilando

¹ Dependiendo de los autores, las etapas mencionadas serán más o menos y serán más concretas y específicas; de esta forma Ivan Illich considera seis etapas y Philippe Ariès considera sólo cuatro.

² Nos referimos especialmente a la ceremonia de la noche de muertos (Corona y Cruz, 1987).

criterios, experiencias y sentimientos, es en la vejez cuando parece que se llega a aceptar el evento antedicho como un proceso natural, como algo inevitable (Rubio, 1981). Esta línea de pensamiento sostiene que al cabo del tiempo, y en comparación con otros grupos de edad, la mayoría de los ancianos suelen poseer una orientación activa hacia la muerte y no están de acuerdo con la idea de que se deba ignorar y no hacer planes en relación con ella (testamento, funerales, etc.) (Kübler-Ross, 1974; Blanco Picabia y Antequera-Jurado, 1998).

A vista de lo expuesto aquí, parece evidente que a pesar de que hay que prestar atención al análisis de las variaciones motivadas por los contextos culturales —ya que cada sociedad y su marco cultural tiene una manera idiosincrásica de entender la vejez, la vida y la muerte—, existe un nexo común en las actitudes del anciano ante la muerte —ya sea propia o ajena—, que consiste en la constatación de que disponen de los recursos personales y de las experiencias previas necesarias para afrontar exitosamente su proceso de morir (Kastenbaum, 1969; Kalish y Johnson, 1972; Feifel y Branscomb, 1973; Thorson y Powell, 1988).

La falta de trabajos empíricos en torno a la muerte en zonas de México como el “norte industrial” (Corona y Cruz, 1987) —en donde el sincretismo antes mencionado no ha calado tanto— por un lado, y la mayor atención que el adulto mayor, como colectivo, está suscitando en su relación con la muerte (Blanco Picabia y Antequera-Jurado, 1998; Hernández, 2000; Canal, 2004) por otro, nos ha llevado al abordaje de este tema.

A pesar de no haber estudios concretos en torno a la temática abordada, suponemos que el adulto mayor en México (principalmente en las zonas urbanas) tiene un discurso respecto a la muerte con muchos rasgos comunes, en el cual la religión —esencialmente la católica— y la cultura prehispánica determinan la percepción y la actitud hacia todos los fenómenos ligados a la muerte; no obstante, variables como clase social, género y hábitat pueden matizar y por lo tanto diversificar la visión de este evento.

La relevancia de este trabajo es analizar el fenómeno de la muerte desde la perspectiva de los propios actores, abarcando áreas poco estudiadas, a través de la metodología cualitativa, como la función del testamento y la percepción de la eutanasia, que son ámbitos más sociológicos que antropológicos (terreno en el cual ha preponderado el estudio de este tema). Por otra parte, se ha puesto el acento en el estudio de la muerte, en México, en rituales y eventos que tienden a acentuar el mundo indígena, obviando la visión de la población que está más determinada por procesos de aculturación, como podría ser la población del norte de México. Junto a estas dos cuestiones, podríamos aportar como otro dato que refrenda la pertinencia del trabajo, la

focalización de la visión sobre esta dimensión en el adulto mayor, ya que es el grupo de edad que normalmente más cerca está del deceso y el colectivo que ha cobrado en los últimos años más importancia demográfica.

Así, el propósito de este estudio es analizar la percepción que el adulto mayor, del centro del estado de Tamaulipas,³ tiene del fenómeno de la muerte desde varias perspectivas: la muerte de sí mismo y de los seres queridos; visión de los lugares ideales donde morir y los rituales en torno a la muerte; función y rol del testamento; la percepción de la eutanasia y el análisis de la muerte como fenómeno mediático.

Metodología

En este trabajo decidimos utilizar la metodología cualitativa para abordar la problemática planteada, concretamente usamos el grupo de discusión como instrumento de dicha metodología. Se escogió tal técnica porque permite detectar de forma abierta imágenes colectivas y signos cargados de valor que, a su vez, condicionan comportamientos y configuran actitudes y estados de opinión más o menos permanentes (Ibáñez, 1979). Esta técnica de investigación nos parecía la adecuada para captar cómo perciben y viven la muerte los adultos mayores que residen en el área urbana de Ciudad Victoria, Tamaulipas.

Para el diseño de los grupos de discusión tuvimos en cuenta factores que pudieran influir en la percepción de muerte por parte del colectivo del adulto mayor: el sexo, la clase social, el nivel académico y el hábitat. En relación a la primera variable, pensamos que podría haber diferencias, por cuestión de género, en cuanto a la construcción social de la muerte, por ese motivo establecimos un grupo mixto, dos grupos compuestos por mujeres y dos por hombres (véanse los Cuadros 1 a 5). La clase social, en nuestro estudio, estaba principalmente determinada por la zona de la ciudad donde se vivía, el nivel académico desarrollado, la profesión ejercida durante la época activa, así como el tipo de organización visitada en el tiempo de ocio. La variable hábitat en este trabajo era referida a si la convivencia se establecía en el domicilio particular o en una institución (asilo).

Los interlocutores de los grupos de discusión fueron seleccionados de una asociación cultural, que se ubica en la Universidad Autónoma de Tamaulipas

³ La mayoría de los estados del norte de México (entre ellos Tamaulipas) son zonas con escasa influencia cultural indígena, siendo los estados del sur y del centro los lugares en donde más estudios se han realizado en torno a la muerte (Bartra, 1987).

Cuadro 1

Grupo de discusión I

<i>Lugar de realización y fecha</i>	<i>Participantes</i>					
	<i>Sexo</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Profesión ejercida</i>	<i>Profesión del cónyuge</i>
Gimnasio de la Universidad Autónoma de Tamaulipas 24 de mayo de 2005	Mujer	Casada	72	Estudios profesionales	Ama de casa	Técnico en comunicaciones eléctricas
	Mujer	Separada y/o divorciada	72	Licenciada en enfermería	Enfermera	Mecánico
	Mujer	Casada	66	Normal básica	Maestra	Maestro
	Mujer	Casada	80	Profesional	Ama de casa	Psicólogo
	Hombre	Viudo	70	Licenciatura en arquitectura	Arquitecto	—

Cuadro 2

Grupo de discusión II

<i>Lugar de realización y fecha</i>	<i>Participantes</i>						
	<i>Sexo</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Profesión ejercida</i>	<i>Profesión del cónyuge</i>	
Casa Club del adulto mayor en Ciudad Victoria, DIF municipal 3 de junio de 2005	Mujer	Viuda	64	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
	Mujer	Casada	63	Estudios primarios	Ama de casa	Comerciante	
	Mujer	Casada	78	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
	Mujer	Casada	77	Esmdios primarios	Ama de casa	Vigilante	
	Mujer	Viuda	72	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
	Mujer	Viuda	64	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
	Mujer	Viuda	75	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
	Mujer	Casada	61	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
	Mujer	Viuda	69	Estudios primarios	Ama de casa	Electricista	
	Mujer	Separada/divorciada	68	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta	
Mujer	Viuda	66	Estudios primarios	Ama de casa	No contesta		

Cuadro 3
Grupo de discusión III

<i>Lugar de realización y fecha</i>	<i>Participantes</i>					
	<i>Sexo</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Profesión ejercida</i>	<i>Profesión del cónyuge</i>
Casa Club del adulto mayor en Ciudad Victoria, DIF municipal 13 de junio de 2005	Hombre	Casado	66	Primero de secundaria	Obrero del campo	Ama de casa
	Hombre	Casado	64	Tercero de primaria	Obrero	Ama de casa
	Hombre	Casado	66	Tercero de primaria	Plomero	Ama de casa
	Hombre	Casado	61	Primero de secundaria	Tipógrafo	No cuenta
	Hombre	Casado	69	Sexto de primaria	Chofer de taxi	Ama de casa

Cuadro 4

Grupo de discusión IV

<i>Lugar de realización y fecha</i>	<i>Participantes</i>					
	<i>Sexo</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Profesión ejercida</i>	<i>Profesión del cónyuge</i>
Casa Club del adulto mayor en Ciudad Victoria, DIF municipal 6 de julio de 2005	Mujer	Casada	67	Sin estudios	Limpiadora	Ayudante de albañil
	Mujer	Casada	60	Estudios primarios (3°)	Ama de casa	Albañil
	Mujer	Casada	65	Estudios primarios	Ama de casa	Agricultor
	Mujer	Separada/divorciada	72	Estudios primarios	Trabajadora doméstica	No contesta
	Mujer	Soltera	65	Sin estudios	Cocinera	—
	Mujer	Casada	65	Sin estudios	Limpiadora	Conserje

Cuadro 5
Grupo de discusión V

<i>Lugar de realización y fecha</i>	<i>Participantes</i>					
	<i>Sexo</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Profesión ejercida</i>	<i>Profesión del cónyuge</i>
Casa-Hogar del adulto mayor en Ciudad Victoria, D.F. Estatal 14 de octubre de 2005	Hombre	Soltero	73	Carrera técnica	Ayudante do contador	—
	Hombre	Viudo	80	Estudios primarios	Militar	—
	Hombre	Viudo	64	Estudios de licenciatura	Se dedicó a la ingeniería	—
	Hombre	Viudo	84	Sin estudios	Se dedicó a la agricultura	—
	Hombre	Soltero	75	Esmdios primarios	Se dedicó a la agricultura	—

—que está compuesta fundamentalmente por personas instruidas y de clase media-alta—, de la casa-club del DIF municipal de Ciudad Victoria —para captar adultos mayores de clase media-baja—, y de la casa-hogar (institución permanente de residencia) del DIF estatal en Ciudad Victoria, conformada también por personas de clase media-baja. La composición concreta y particular de cada uno de los grupos de discusión se exponen en los Cuadros 1 al 5.

Los resultados han sido organizados en las siguientes categorías: 1) muerte de uno mismo y de sus seres queridos; 2) lugar donde se muere y manera de morir —rituales sobre la muerte—; 3) testamento; 4) eutanasia; 5) la muerte como fenómeno mediático.

Se consideró que había habido una saturación de contenidos cuando se observó un agotamiento de las categorías en los temas propuestos a los participantes de los grupos de discusión.

Hubo un coordinador en cada uno de los grupos y un observador (en los cinco grupos fue el mismo facilitador del grupo y el mismo observador, profesores-investigadores ambos). Un aspecto que creemos importante comentar es la manera de conducir y dirigir los grupos de discusión por el coordinador; en casi todos los grupos había una tendencia general que consistía en que uno o dos sujetos hablaban y el resto permanecía en silencio; en este caso, el trabajo del coordinador era lograr que todos los miembros de los grupos de discusión participaran en el mismo, a través de la intervención de éste en el grupo con relación a un argumento que se hubiera tratado, o se estuviera tratando en ese momento, en el grupo.

Los discursos de los grupos de discusión fueron registrados en grabadora de cassette y analizados de forma sistemática. Los fragmentos discursivos que se reproducen en este trabajo son citas literales extraídas de las transcripciones completas de los discursos (las citas se hacen según el número de grupo y el de página transcrita en el que se incluye el fragmento, ex: GD III: 7 = grupo de discusión III, página 7).

El análisis de contenido fue dividido en tres niveles de profundidad, los dos primeros —reproducción fiel y nivel descriptivo-comprensivo— pretendían identificar actitudes y analizar el contenido de representaciones sociales y, el tercero —interpretación-comprensión— quería reconstruir tales representaciones (Morgan, 1993). La sistematización fue facilitada con el uso del programa informático MAXqda.

Resultados. Análisis de los textos conformados en los grupos de discusión

Visión de la muerte de uno mismo y de sus seres queridos (personas cercanas)

En todos los grupos de discusión la muerte se identifica con el dolor y con la separación física, aunque prevalece la idea de que el tiempo, la acumulación de experiencias lacerantes y la fe y la creencia en la religión mitigan el dolor.

En la clase media-baja el factor religioso es muy determinante de cara a analizar la muerte; todo lo referente a la vida y a la muerte lo decide Dios. Esto tiene que ver, por un lado, con la visión católica de la concepción de la muerte como una redención de los pecados, como una puerta a la salvación eterna (nos vamos directamente al cielo o al purgatorio para redimir los pecados), y por otro con la construcción cultural de la vida como un “valle de lágrimas”; incluso, con base en estos argumentos, se atenúa o justifica la separación física de la familia (que conlleva la muerte) —ya que en el “supuesto paraíso” se volverán a reunir todos los miembros de la familia—.

...De tristeza los primeros días, los primeros meses se siente el dolor de esa pérdida humana, de tu padre, de tu madre, de tus hermanas, de cualquier pariente cercano... el dolor poco a poco va disminuyendo... la vida sigue adelante... (GD III: 4)

...Es menos doloroso cuando la persona que lo sufre tiene el apoyo de una fe, ya sea en una religión, ya sea, simplemente lo más grandioso, la creencia en Dios... (GD I: 5)

...Porque para mí es Cristo y el morir es ganancia, ¿por qué el morir es ganancia? Porque Dios nos tiene una vida mejor, mejor que aquí, porque dice que allá no habrá más sufrimiento, ni más llanto, ni más dolor... claro, que aquí se viene la separación de la familia pero si nosotros tenemos esa creencia de que todos vamos a estar allá, la familia, la familia de uno se separa por un tiempo, nada más... (GD II: 10)

Los interlocutores de clase media-alta consideran que falta educación para afrontar la muerte, y según ellos esta educación debería enseñar lo “natural”⁴ de este evento. Sin embargo, esta naturalidad que atribuyen a la muerte

⁴ En este caso cuando hablamos de “muerte natural” no estamos utilizando el concepto que utiliza Illich (1976), sino que nos referimos a la aceptación de la muerte, a un proceso de

se contradice con la descripción del dolor lacerante que conlleva la separación física que viene asociada a la muerte. Los interlocutores de clase media-baja también creen que se precisa una mayor preparación para la muerte, pero se delega esa función en Dios, no en la educación.

...No estamos educados, preparados para esos momentos tan tremendos, pero es una cosa tan natural como el nacer... (GD I: 4)

...Tenemos temor porque no estamos preparadas, pero en el modo de pedir hay que pedirle a Dios la preparación para esas cosas... (GD II: 5)

La muerte es percibida como un proceso indisolublemente unido a la vida, como un evento natural, y como algo “inevitable”; aunque una vez que se acepta esta inevitabilidad se hacen planteamientos que hacen hincapié en cuestiones como vivir con dignidad —esta idea está ligada al concepto de productividad— y en el alejamiento del pensamiento sobre la muerte en la cotidianidad; detrás de esta visión se bosqueja una filosofía de vida, una visión en la que prevalece una actitud lúdica y hedonista de la vida, en la que muerte queda a un lado. Esta actitud aparece tanto en las clases medias-altas como en las medias-bajas.

...Vida y muerte vienen juntos...una cuestión tan normal como es ésta también es muy difícil de aceptar... (GD I: 5)

...Le pedimos a Dios que esa muerte sea lo más lejana posible, que le permita ser tan productiva, como se ve que se está preparando que podamos tener la oportunidad de vivir con dignidad, ¿sí? con productividad que nos deje una plena satisfacción a nosotros mismos de lo que hubiéramos podido hacer... (GD I: 6)

...Sí, es algo que no se piensa, la verdad es que no pensamos en la muerte, estamos tan ocupados en el vivir que no pensamos en la muerte. (GD I: 7)

Nunca pensamos si morir para tal día, o no sé, nunca nos ponemos a pensar... (GD II: 9)

En alguna ocasión en los grupos se detecta una actitud burlona e irrespetuosa ante la muerte, que alude a las celebraciones tradicionales en México en

asunción sin dramatismos, a una visión de la misma como un reverso de la vida (Fericgla, 2002).

relación con la misma. En uno de los grupos se utiliza una metáfora —“nosotros somos la casa”— que alude al carácter inevitable de la muerte y lo democrática que resulta (nos toca a todos), además de no hacer distinción de clase social.

...Que la muerte va a venir... que venga, que nosotros somos la casa, somos la casa de la muerte y ella entra y ¡toe, toe, toe!, ¡vamos, órale!... y no se acuerda uno ni de los zapatos... (GD II: 8)

Hay una diferencia sustancial en la forma de afrontar la muerte entre el hombre y la mujer. En el caso del varón aparecen de manera muy frecuente los relatos en los cuales la adicción al alcohol se muestra como una estrategia de afrontamiento de la muerte (y los conflictos en general).

...Como consecuencia me dio como resentimiento, me las escapo de ahí, del cementerio y me refugio en la cantina un mes, de sentimiento... (GD III: 5).

En las personas que están institucionalizadas se denota una identificación de la casa-hogar (o asilo) con un lugar en el que se espera la muerte y se vivencia ésta como una posibilidad muy real (incluso en alguna ocasión se utiliza la metáfora cementerio de elefantes).

...Como los elefantes, ya cuando presienten que está cerca de la muerte van caminando al panteón de los elefantes, al cementerio de los elefantes. (GD V: 4)

Lugar donde se muere/manera de morir —rituales sobre la muerte—

Existe una coincidencia en casi todos los grupos en cuál es la forma de morir idónea: en la cama, en su domicilio, y con otros miembros de la familia; esta percepción también se da en los componentes del grupo que se realiza en la casa-hogar o asilo; aunque vuelve a prevalecer la idea de que Dios es el supremo hacedor y él es el que decide dónde y cómo morir. A pesar de este consenso en la manera de morir, hay algunos interlocutores (los de clase media-baja) que tienen una actitud burlona e irónica ante las formas “ideales” de morir (muerte junto a la familia y en el hogar) y apunta a que, aunque no se duda de la preferencia, se tiene incertidumbre de cómo realmente se morirá y no se descarta el “morir en la casa del adulto mayor o en la carretera” (para ellos resultan formas detestables de morir).

...Me gustaría morir en la carretera... ja, ja, ja... (GD II: 9)

... Yo le pido a Dios morirme como murió mi compañera, de un paro cardíaco y en mi casa y en mi cama... (GD IV: 6)

En relación a la visión de la casa-hogar (asilo o residencia) como lugar de residencia hasta la muerte, en el grupo de discusión de personas de clase media-alta la institución permanente no se rechaza de manera tajante, aunque la casa-hogar pública está identificada con la soledad y el abandono de la familia y eso sí genera una condena. No existe una negativa frontal a la vida en residencias, y se justifica su uso en el caso de que la convivencia con los hijos pueda resultar incómoda y sobre todo cuando existan enfermedades crónicas incapacitantes, que supongan una gran carga a la familia. Por lo tanto no hay una estigmatización de las casas-hogares pero sí se busca una institución de calidad —que va unida indisolublemente al mercado privado— que pueda acoger de una manera digna a los ancianos; hoy por hoy, las casas-hogares del DIF se identifican con instituciones meramente asistenciales y caritativas.

...Si idealmente se tuviera una casa bien cuidada que tenga todos los recursos... el aseo... sí, sería maravilloso, sería maravilloso... (GD I: 12)

En los grupos compuestos por clase media-baja hay una visión negativa de las casas-hogares; se consideran como el último recurso y se relacionan con el abandono y con relaciones familiares deterioradas. Se considera que debe de haber una responsabilidad y obligación de los hijos para cuidar a sus padres cuando estén enfermos, basado en una supuesta reciprocidad.

...Y es malo eso de los asilos porque ahí los avientan los hijos y no saben si se mueren o no se mueren... (GD II: 13)

...Pues como quiera tiene que tener uno a los hijos, el sacrificio que hizo... (GD IV: 11)

El grupo de discusión que realizamos con interlocutores que viven en la casa-hogar resultó un grupo difícil de dirigir, porque algunos de ellos tenían limitaciones sensoriales (auditivas) y otros tenían dificultades para concentrarse y poder estar reflexionando durante cerca de una hora sobre los temas que se planteaban. En este grupo había una resignación evidente ante la muerte y una identificación entre la institución y el cementerio.

En general se vislumbra en los grupos el esbozo de una tipología de muerte: 1) muerte repentina: asunción difícil para el familiar del fallecido; 2) muerte progresiva o lenta. Normalmente, en los grupos siempre se elige la primera co-

mo opción de muerte, principalmente por dos cuestiones: *a*) no causar incomodidades a los demás; y *b*) evitar el sufrimiento de una larga agonía. Hay gente preocupada en no ocasionar gastos, ni dificultades a los hijos cuando muera uno de ellos, además para la gente mayor sin recursos una enfermedad lenta da lugar a una situación complicada, por la escasez de medios para mantener con vida al paciente. Sin embargo, ante la muerte repentina hay dos posturas: una que considera que este tipo de muerte es más difícil de aceptar que la muerte progresiva, por lo inesperado del evento (y el “shock” que puede ocasionar) y otra, que da connotaciones positivas a este tipo de muerte, contrastándolo con la muerte que culmina un proceso de sufrimiento (una enfermedad).

... cuando uno tiene un enfermo de repente se va haciendo a la idea de cómo va a partir, pero cuando la muerte llega de repente no lo puede superar mucho... (GD II: 4)

... Así, como murió él [dice el entrevistado de esta persona que cenó muy bien y no sintió ningún dolor] así me quiero morir yo... (GD III: 8)

En relación a los rituales con el recién fallecido, en la clase social media-alta todos los interlocutores se identifican totalmente con la cremación, y ésta se ve como un intento de evitar la recreación del dolor, que sí se da en el entierro, por parte de otros miembros de la familia, y por otro lado se considera como una vuelta a la fusión del cuerpo/alma con la naturaleza, ya que las cenizas deben ser depositadas donde la persona que falleció haya considerado en vida. En los grupos de discusión donde participa gente de clase media-baja, hay mayor disparidad de opiniones en cuanto al entierro y la cremación y no existe una idea tan clara de la fusión antes mencionada (en el grupo de clase media-alta), aunque también se critica la exposición del dolor en este tipo de rituales.

... Y en el caso de nosotros llegamos a la conclusión que lo mejor era la incineración. Pues ya uno sin tener vida, el hecho del entierro trae más dolor de los seres queridos y eso es lo que uno no quiere y uno lo que trata de evitar ... (GD I: 10)

... Ahí están las cenizas de la mamá de mi esposo y ya mi esposo que me las junte junto con su madre y que las esparza en la montaña... Es el sueño absoluto de nuestras vidas. (GD I: 10)

... A mí me gustaría que no me lloren, y que me entierren rápido... (GD IV: 8)

De forma aparentemente paradójica, se añoran los rituales que se hacían en otros tiempos (y que ahora se acostumbran a realizarse con menos frecuencia); se puede considerar que ya no existe una institucionalización de dichos rituales y se ponen como ejemplos las “alabanzas”.⁵ A dicho ritual se le da una gran importancia como código simbólico.

...En el centro es otra cosa, en el centro son muy tradicionalistas... homenajean mucho a las tumbas... ahora eso depende de la formación, de los patrones culturales de cada región... (GD I: 14)

...Ir al panteón, nada más... (GD IV: 13)

...Hay una diferencia y es que aquí es muy raro que a uno le quieran. Se le siembran unas matitas y ya está. (GD III: 12)

Hay una defensa del luto como rito social, y se explícita que todavía los adultos mayores en México, y en ciertas ciudades, guardan el luto (durante un mes se debe vestir de negro, las persianas deben estar cerradas, no se debe oír radio ni televisión en la casa durante ese mes, no se debía de ir al cine...). La reivindicación del luto, como ritual, se basa en que se le atribuye un mayor respeto al fallecido. La transformación de la sociedad rural a urbana es considerada como factor determinante en el desuso del luto en muchos ámbitos y sectores de la sociedad, lo que da lugar a que se hagan atribuciones negativas a dichos cambios, por ejemplo, se considera como paradigma de este paso de lo rural a lo urbano a la Universidad pública de Ciudad Victoria, percibiéndose como eje desvertebrador de la sociedad, ya que se le atribuye el don de romper y marginar las tradiciones.

Se hacen alusiones a las formas de entender el duelo y los rituales por parte de la religión evangelista y la religión católica; de esta forma la religión evangelista potencia la alegría ante el paso de la vida y la muerte, por ello sus rituales tienen un carácter más festivo que en la religión católica, la cual considera a la vida como estar de paso y la muerte es una forma de redimirse ante los pecados en la vida mundana.

...Las que practican una religión por decir la cristiana, la evangelista, ¿no?, que sé yo, contentos porque su persona querida que se les fue va a la real vida como dentro de nuestra religión, la iglesia católica, nos enseña que allá es una vida, es la vida eterna, aquí estamos de paso... (GD I: 14)

⁵ Especie de rezos y canciones que se van haciendo desde donde se tiene a la persona fallecida hasta el cementerio.

Percepción del testamento

El testamento es conceptualizado como un documento necesario, que se debe hacer cuando se tenga cierta madurez emocional y de pareja, y cuando se esté sano (no esperar hasta que la muerte esté próxima o se tenga una enfermedad terminal). Lo imprescindible de hacer el testamento se basa en la idea de proteger a los hijos, en el sentido de que ellos puedan recibir los bienes materiales que los padres acopiaron durante su vida; esta idea de protección está fundamentada en dos ejes: 1) en el caso de que los hijos no recibieran esta "herencia" sería el Estado el que lo hiciera y esta idea es rechazada taxativamente por todos los interlocutores. Debajo de esta concepción del testamento yace la idea que el Estado es una institución que gestiona mal el dinero público, por lo tanto, esta desconfianza da lugar a que se evite que llegue el dinero particular al Estado. 2) El testamento sería una forma de organizar las herencias sin gasto de energías y conflictos (la ausencia de testamento puede ocasionar problemas y disputas entre los hermanos).

... Yo creo que hay una edad para el testamento, no queremos decir que edad, si no es cuando el matrimonio perfectamente esté bien conjugado y en equilibrio emocional. Pero sí ya con una madurez de pareja ¿verdad?, para saber lo que se puede hacer, qué es lo que sería más conveniente para proteger a los hijos. Ésa es la idea principal de mi parte... (GD I: 11)

...Se debe tratar de arreglar el testamento en vida para evitar que haya problemas... (GD III: 10)

...Al morir tienen que tener la propiedad de lo que uno ha hecho con mucho esfuerzo y no dejárselo al gobierno... (GD I: 11)

*Eutanasia*⁶

En el grupo de clase media-alta se plantean tres perspectivas en relación a la eutanasia: 1) la del paciente; 2) la de la familia; 3) la del médico. Las dos primeras no tienen por qué coincidir con la tercera (de hecho para los interlocutores suelen ser divergentes). Esta tipología de la eutanasia sirve para una condena implícita del mantenimiento clínico de la vida, aduciendo que la

⁶ La eutanasia se refiere al acto u omisión destinados a provocar la muerte del paciente que experimenta un sufrimiento insostenible o una degradación insostenible; con mayor razón si ha entrado en la etapa final (Thomas, 1991).

medicina actual puede tener algún interés (y no precisamente de índole humanista) en el mantenimiento con vida del enfermo terminal. Sin embargo, este discurso no es homogéneo y existen divergencias, hay interlocutores (y grupos de discusión) que creen que mientras haya alguna esperanza la familia no debe estar de acuerdo con la eutanasia y debe creer en el mantenimiento de la vida del paciente. De esta forma, se puede deducir que el catolicismo (y la idea de Dios) también impregna el discurso de la eutanasia y las enfermedades terminales, dando lugar a una percepción que considera la resistencia al dolor y a la enfermedad como una obligación y una virtud. La existencia y la presencia de Dios actúan como justificante del rechazo a la eutanasia, y ante una enfermedad (aunque sea terminal) uno debe tener entereza para aceptar el dolor, de lo contrario, se entraría de lleno en terrenos pecaminosos.

Frente a estas dos posturas más o menos claras, habría otra vertiente que sí apuesta por la muerte frente al dolor, la incapacidad y lo irreversible de la enfermedad, pero esta “muerte” debe contar siempre con el consentimiento de Dios, por lo tanto en este caso se apuesta por la eutanasia pasiva⁷ (no por la activa), es decir, una eutanasia que implique la no intervención.

A pesar de las diferentes posturas observables en los distintos grupos hay una aceptación general (aunque no es unánime) de la diversidad de opiniones ante la eutanasia. Este “consenso” se da en todos los grupos de discusión, sin que haya una diferencia sustancial entre el género, clase social o lugar de residencia.

En los grupos de clase media-baja la eutanasia se relaciona con personas que no tienen remedio, que están desahuciadas y que van a estar varios años con vida artificial, y también con las nuevas tecnologías y su aplicación a la salud.

...De mantenerla así, ¿eso es vida? ¿Para quién? ¿Para quién lo está padeciendo? ¿Para la familia? ¿Para el médico que se esmera en el estudio y en el tratamiento del enfermo? (GD I: 8)

...Lo mejor es que si ya no tiene remedio que se lo quiten para que ya no sufra... (GD IV: 7)

...Es que aunque estén sufriendo y batallando yo pienso que hasta, hasta que Dios lo abandona, ¿no? porque también es pecado... (GD IV: 8)

⁷ Se entiende por eutanasia activa un acto mortal y por eutanasia pasiva una omisión o interrupción del tratamiento. Ambos tipos de eutanasia han sido contemplados por el código penal de muchos países.

...La eutanasia, señores, es una persona que no tiene remedio, que ya está desahuciado, no tiene remedio, que va a estar dos años, tres años, ahí, con vida artificial... (GD III: 7)

Percepción de la muerte como fenómeno mediático

Ante el análisis de la muerte mediática se percibe a la especie humana de una manera muy crítica viéndola con una condición menor que el animal; se utiliza una especie de versión moderna de la fábula de Rómulo y Remo para criticar al género humano en el grupo de clase media-alta.

—...¡Qué impotencia tan grande nos hace sentir el que exista la posibilidad de crímenes tan bestiales!...

—...Son unos animales...

—...Nooo, los animales se protegen ¿sí?

—...Recién salió en un periódico: un perro se encuentra en un basurero a un niño y lo agarra al niño y lo jala con sus cachorros y gracias a esto la gente se dio cuenta y salvan a la criatura... (GD I: 6)

La muerte ajena y el dolor por la misma está relacionada con la forma de morir (críticas a la guerra, a la violencia extrema, a los suicidios o inmolaciones colectivas) y se explicitan sentimientos como la desesperación, el dolor y el rechazo, aunque este discurso es atravesado por otro en el que se muestran sentimientos “indoloros” (según lo entiende Lipovetsky, 1994), cristalizados en adjetivos como “lamentable”.

...Sí, sí se siente porque somos seres humanos aunque no sean de la misma sangre de uno pero ahí se sienten, porque uno siente... (GD IV: 6)

...Con tristeza, con dolor, con indignación, porque eso no debiera de suceder... (GD V: 5)

Hay grupos que se suicidan, ¿por qué? Sí, hay que lamentar, pero no esos suicidios... (GD III: 7)

Discusión

La identificación de la muerte con el dolor y con la separación física concuerda con lo expresado por diferentes autores e investigadores, que describen reac-

ciones, ante la muerte de un familiar cercano, de intenso malestar, estrés y/o depresión (Bunch y Barraclough, 1971; Horowitz *et al.*, 1981). La demanda de la preparación frente a la muerte está fuertemente asociada al dolor ante el deceso y resulta consonante con la aparición y consolidación de disciplinas nuevas como la tanatología y talleres que buscan la integración interior de la muerte (Fericgla, 2002), con el aumento de la esperanza de vida, con el cambio de lugares donde se suele morir y con la exhibición constante de eventos relacionados con la muerte a través de los medios de comunicación (Durán, 2004).

La percepción de la muerte como proceso —especialmente expresada por la clase media-alta— puede ser interpretada de diferentes formas. Así, podríamos anclar dicha visión en la perspectiva prehispánica del fenómeno de estudio en México (Corona y Cruz, 1987); también (y siguiendo a Malvido) se podría considerar heredera directa de la época medieval europea (Malvido, 2005). De igual manera, podríamos considerar un tercer argumento para justificar la identificación muerte-proceso que tendría relación con una postura favorable a la orientación activa de la muerte, como producto de la mayor aceptación que a estas edades se hace del hecho de morir, y que son referenciadas en diferentes estudios realizados en el ámbito anglosajón (Feifel y Branscomb, 1973; Kalish, 1976). Además de estas tres posiciones teóricas que ayudan entender la identificación antes citada, podemos reconocer la ayuda prestada por la perspectiva aportada por nuevas disciplinas e investigadores (Fericgla, 2002), que dan lugar a una aceptación de la muerte y un afrontamiento “positivo” de la vida.

El evitar la muerte, como objeto de pensamiento, en la vida cotidiana podría ser contextualizado a través de lo que expresa Baudrillard (1980), quien reconoce la coexistencia de dos tendencias aparentemente contradictorias: por un lado, se produce un “ocultamiento” de la muerte, es decir, no hay lugar para pensar en la muerte, se la ignora debido al temor que se le siente, pero al mismo tiempo hay una familiaridad absoluta con este fenómeno, debido a los medios de comunicación, que llegan a insensibilizar al ciudadano ante la posibilidad de morir y considerar la muerte como extraña a él. Otra explicación plausible es la que argumentan algunos estudiosos de la vejez, que afirman que el anciano mientras goza de facultades físicas desdeña hablar de la muerte, siendo éste un tema abordado cuando los sujetos viven deterioro físico (Canal, 2004).

Las diferencias de género en torno al afrontamiento de la muerte de los seres queridos detectadas en el estudio, apuntan por un lado la idiosincrasia particular del varón mexicano y su manera de hacer frente al mundo, y por otro a la manera en que la mujer (en general) tiene de procesar las situaciones estresantes y traumáticas (Lipovetsky, 1998; Paz, 1994).

A pesar de que la unanimidad, que existe en nuestro estudio, en relación a la forma de morir (todos coinciden en morir en la cama y en su domicilio) es recogida en alguno que otro estudio histórico (Harding, 2002), la mayoría de las investigaciones (normalmente de corte cuantitativo) indican que, sobre todo en los países desarrollados, se muere esencialmente fuera del hogar, contrastando con las anteriores generaciones, que morían en su domicilio (Marí-Klose y De Miguel, 2000; Gil, 2003; Thomas, 1991). Hay razones objetivas que explican este cambio de tendencia: tecnificación de la salud, acceso de la mayoría a una asistencia sanitaria más compleja, asimilación de la muerte a la enfermedad, las reducidas dimensiones de las viviendas (no se pueden alojar en ellas a los padres ancianos), y la consideración de la muerte como impúdica, sucia e importuna —que hace que sólo puede concebirse en la soledad y no, como antaño, ante la mirada ajena (Hernández, 2000; Elias, 1989)—. Por lo tanto, y según el discurso analizado, el adulto mayor prefiere morir en su casa, al lado de la familia; actitud posiblemente producida por el rechazo a fallecer en la institución, que en muchos casos adelanta la muerte social respecto a la muerte biológica (Sudnow, 1971). En relación a esta idea, destacamos el rechazo generalizado que provoca el uso de las casas-hogares como domicilio del adulto mayor y su identificación con el abandono, la soledad y con la muerte social,⁸ incluso por las propias personas que habitan en la casa-hogar, y que constata la estigmatización que sufre este tipo de instituciones en México (Quintanar, 2000); no obstante, en la clase media-alta hay una defensa de instituciones permanentes de alta calidad, en consonancia con el pensamiento existente en los países desarrollados, que asume la convivencia en este tipo de instituciones como una posibilidad más (Rivera, 2001).

La elección de una muerte repentina y rápida como forma de morir tiene relación con la evitación de la tecnificación de la salud y la dependencia de terceras personas y que coincide con lo descrito en algunos estudios (Blanco Picabia y Antequera-Jurado, 1998; Marí-Klose y De Miguel, 2000; Durán, 2004).

Los rituales de muerte preferidos, en nuestro estudio, son definidos a partir de la clase social a la que pertenecen, intentando configurar un valor y un sentido social a la muerte (Hertz, 1990). De esta forma, en la clase media-alta hay una tendencia muy marcada a escoger la cremación como ritual, basándose en argumentos que poco tienen que ver con las razones que argumenta Thomas para la pujanza de dicho rito (ahorro del espacio, garantía de una higiene total y evitación de la visión de la descomposición) (Thomas, 1983); en cambio, encontramos más relación con la relativamente reciente

⁸ En este caso utilizamos el término muerte social en el sentido que le da Thomas (1983).

filosofía “Nueva Era” (Johnston, Laraña y Gusfield, 1994) y con la crítica del ritual del entierro por hacer ostentación del dolor —en la línea de diferentes autores que piensan que hay una actitud general ante la muerte de esta índole en los tiempos actuales— (Ariès, 1987; Illich, 1976, Elias, 1989, Thomas, 1983). El entierro, como ritual, es defendido con más firmeza por los grupos de clase media-baja. Es plausible aceptar que dichas diferencias están basadas fundamentalmente en el nivel académico y cultural.

Se produce una defensa de rituales tradicionales relacionados con la muerte, no necesariamente vinculados a la tradición prehispánica, sino con la defensa de cierta impronta cultural vinculada a este grupo de edad; en concreto nos referimos a la denuncia de la pérdida de los rituales relacionados con el luto, pudiéndose interpretar como una imposibilidad de expresar el dolor y el sufrimiento (a través de este ritual social), considerado necesario padecer para “curar” o “resolver” la pérdida (Van Gennep, 1986; Sudnow, 1971; Thomas, 1991; Tizón, 2004). Además, esta crítica a la disminución en la celebración de rituales y tradiciones se relaciona con la irrupción de la postmodernidad y la consolidación de pensamientos e instituciones que, según ellos, no contribuyen al mantenimiento de las costumbres (Berman, 1988; Lyotard, 1984). Podemos pensar también que dicha crítica es una reacción a los tipos de muerte descritos por Ariès e Illich, muerte prohibida o invertida y muerte bajo asistencia intensiva respectivamente, en las cuales se eliminan los rituales con capacidad y efectos catárticos, por lo que, según algún autor, se minan los mecanismos psicosociales del duelo (Illich, 1976; Ariès, 1987; Thomas, 1983). De alguna manera, la evolución de las tradiciones y las costumbres, asociada a la urbanización y a nuevas instituciones (como por ejemplo, la universidad) es relacionado por el adulto mayor con una transformación en la manera de vivir y pensar la vida, pero también la muerte, dando lugar a una disolución de rituales con finalidad exorcizante —como el luto⁹—.

Junto a estas reivindicaciones de mecanismos que den salida al dolor también se detecta en nuestro trabajo (aunque parezca paradójico) una censura a la expresión y la comunicación del sufrimiento, y una defensa de rituales en los cuales no se haga exaltación de la aflicción, siguiendo las normas sociales imperantes en las sociedades occidentales actuales en relación con los ritos de la muerte (Illich, 1976, Ariès, 1987, Thomas, 1983). Esta aparente paradoja nos indica que existe una preferencia por rituales “discretos”, “silenciosos”, aunque no por ello menos explícitos, para focalizar y afrontar

⁹ El duelo y el luto, tal y como lo ven los interlocutores de los grupos de discusión, tienen una relación directa con uno de los tipos de muerte descritos por Ariès (1987), a saber, la muerte ajena, y en la cual el duelo y el luto se conciben como ritos de paso (Ceriani, 2001).

la pérdida, frente a otros rituales que expresan de una manera más asertiva el dolor producido por el fallecimiento.

Las alusiones, que se hacen en nuestro estudio, a las diferentes maneras de percibir la muerte por parte de las religiones mayoritarias en México (la religión católica y la protestante), son tratadas superficialmente y deberán de ser abordadas con más profundidad con posterioridad.

La percepción que del testamento se tiene en nuestra investigación tiene relación, por un lado, con lo recogido en diferentes estudios que se han hecho sobre la muerte y/o la antropología del mexicano (Bartra, 1987; Paz, 1994; Zárate, 2002), que expresan la desconfianza permanente que en México se tiene hacia las instituciones públicas, y por otro, con la filosofía para la que fue creado originariamente el testamento, cuya finalidad era la futura distribución del patrimonio que se deja en herencia (Durán, 2004).

La tendencia de las clases medias-bajas a condenar con firmeza la eutanasia, utilizando argumentos de tipo religioso, tiene relación con lo mostrado en dos estudios realizados en España en la década de 1990, en los cuales la mayoría de las personas que se oponían tajantemente a prácticas asociadas con la eutanasia eran personas mayores de 50 años, con un nivel de educación muy bajo, y un alto nivel de práctica religiosa (CIRES, 1992; CIS, 1992). Sin embargo, detectamos en general (pero lógicamente con más notoriedad en las clases medias-bajas) una crítica a las nuevas tecnologías y su aplicación a la salud.

Por último, hemos de destacar los rasgos característicos de la percepción del adulto mayor en torno a la muerte en un estado como Tamaulipas, y hacerlo extensivo de alguna manera al norte de la República Mexicana (aunque para hacerlo de una manera ortodoxa tendríamos que utilizar otro tipo de procedimiento). En primer lugar, constatamos (a través de los discursos) un escaso bagaje cultural prehispánico en la manera de percibir y trascender el tema objeto de estudio, expresado en posiciones como la de censurar la expresión del sufrimiento y el dolor; en segundo lugar, observamos cómo rituales profundamente establecidos en ciertas zonas de la República, como el día de muertos (Paz, 1994), en Ciudad Victoria tienen un eco escaso en la población, aún en el colectivo del adulto mayor; y por último, incluso en la reivindicación de ciertos procedimientos ritualistas, como la defensa del luto y sus expresiones más comunes, no se detecta una conexión con el pasado indígena, sino una demanda de recuperación de elementos tradicionales —con el propósito de “elaborar” la pérdida—. Por lo tanto, las características mencionadas nos indican que la construcción social de la muerte en el norte de México carece del ingrediente indígena del sur, siendo que está mediatizada por un sincretismo cultural en el que pesan tanto elementos tradicionales no

indígenas como tendencias “modernizantes” procedentes, por ejemplo, de Estados Unidos.

Conclusiones

El análisis de la percepción de muerte en el centro del estado de Tamaulipas, noreste de México, muestra dimensiones que son comunes a todos los grupos de discusión realizados; de esta forma, la religión católica, y su sustrato ideológico, atraviesa todos los fragmentos discursivos y determina tanto el afrontamiento del fallecimiento de familiares, como la percepción de otros fenómenos como la eutanasia. Apenas se produce una leve influencia de la cultura prehispánica, manifestada principalmente a través de actitudes burlonas ante la muerte.

Existe también un común denominador, en nuestros discursos, relacionado con una demanda de mecanismos que sirven para exorcizar el dolor, que tiene relación con rituales tradicionales, aunque no necesariamente indígenas.

A pesar de este consenso en torno a los temas antes citados, se observan diferencias en la percepción de la muerte, determinadas por variables como la clase social, el género (aunque en menor medida) y el hábitat. Las diferencias encontradas en la percepción de muerte entre las clases sociales son debidas básicamente a una mayor permeabilidad en la clase media-alta de procesos no asumidos por la cultura católica, como por ejemplo la eutanasia, o rituales que si no condenados, tampoco son especialmente promocionados por la Iglesia —como la cremación—, además de una absorción de creencias recogidas de nuevos movimientos sociales como la Nueva Era. El hábitat (lugar donde se vive) tiene en la sociedad mexicana una connotación cargada de significado (aquella persona que viva en una institución permanente es estigmatizada, así como su familia) y ello imprime a las personas que viven en estos lugares una percepción de la muerte muy negativa y resignada. En relación a la construcción social de la muerte según un enfoque de género, tan sólo hemos detectado diferencias en la forma de afrontar las muertes de familiares cercanos.

Todo lo expresado anteriormente muestra la percepción que de la muerte tiene el adulto mayor en el norte de la República, visión que puede tener diferencias con respecto a otras zonas del país, y que exige un estudio individualizado y más en profundidad de estas cuestiones en esta zona geográfica, así como estudios comparativos con otras regiones de la República.

Recibido: enero, 2006

Revisado: octubre, 2006

Correspondencia: J. R. N.: Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de Salamanca/Campus Miguel de Unamuno/Avenida Francisco Tomas y Valiente s/n/C. P. 37071/Salamanca, España/correo electrónico: jesusrivera_navarro@hotmail.com/S. E. M. E.: Facultad de Trabajo Social/Universidad Autónoma de Nuevo León/Ciudad Universitaria s/n/San Nicolás de los Garza/Nuevo León/México

Bibliografía

- Ariès, Philippe (1987), *El hombre ante la muerte*, versión castellana de Mauro Armiiño, Madrid, Taurus.
- Bartra, Roger (1987), *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*, México, Grijalbo.
- Baudrillard, Jean (1980), *El intercambio simbólico y la muerte*, trad. de Carmen Rada, Caracas, Monte Ávila.
- Berman, Marshall (1988), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la Modernidad*, trad. de Andrea Morales Vidal, Madrid, Siglo XXI.
- Blanco Picabia, Alfonso y Rosario Antequera-Jurado (1998), "La muerte y el morir en el anciano", en Leopoldo Salvarezza (comp.), *La vejez. Una mirada gerontológica actual*, Buenos Aires, Paidós, pp. 379-406.
- Bunch, J. y B. Barraclough (1971), "The influence of parental death anniversaries upon suicide dates", *British Journal of Psychiatry*, vol. 118, junio, pp. 621-626.
- Canal, Marina E. (2004), "La vejez y la muerte. Implicancias de la muerte en la vejez", III Foro Nacional de Docentes e Investigadores Universitarios sobre Envejecimiento y Vejez. II Jornadas Nacionales la Vejez, Mar de Plata, Argentina, agosto de 2004, texto completo, URL: <http://www.fimte.fac.org.ar/doc/10petriz/10petriz04.doc>, última consulta mayo de 2006.
- Ceriani, César (2001), "Notas histórico-antropológicas sobre las representaciones de la muerte", *Archivos Argentinos de Pediatría*, vol. 99, núm. 4, pp. 326-337.
- CIRES (Centro de Estudios sobre la Realidad Social) (1992), *Encuesta sobre Ética Social. 1 200 entrevistas a personas mayores de 18 años*, Madrid, CIRES.
- CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) (1992), *Aborto y eutanasia*, Madrid, CIS.
- Corona, Gustavo e Isaac Cruz (1987), *Las tradiciones de día de muertos en México*, México, SEP.
- Durán, María Ángeles (2004), "La calidad de muerte como componente de la calidad de vida", *REIS (Revista Española de Investigaciones Sociológicas)*, núm. 106, abril-junio, pp. 9-32.
- Elias, Norbert (1989), *La soledad de los moribundos*, trad. de Carlos Martín, México, Fondo de Cultura Económica.
- Feifel, Herman y Alian B. Branscomb (1973), "Who's afraid of death?", *Journal of Abnormal Psychology*, vol. 81, núm. 3, junio, pp. 282-288.

- Fericgla, Josep M. (2002), *Envejecer, una antropología de la ancianidad*, Barcelona, Herder.
- García Canclini, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo.
- Gil, Enrique (2003), *El poder gris. Una nueva forma de entender la vejez*, Barcelona, Mondadori.
- Ham, Roberto (2003), *El envejecimiento en México: el siguiente reto de la transición demográfica*, México, El Colegio de la Frontera Norte/Miguel Ángel Porrúa.
- Harding, Vanessa (2002), *The Dead and the Living in Paris and London, 1500-1670*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hernández, Zoila Edith (2000), "El concepto de muerte en el adulto mayor", *Psicología y salud*, vol. 10, núm. 2, pp. 249-258.
- Hertz, Robert (1990), *La muerte y la mano derecha*, trad. de Rogelio Rubio Hernández, Madrid, Alianza.
- Horowitz, M. J., J. Krupnick, N. Kaltreider, N. Wilner, A. Leong y C. Marmar (1981), "Initial psychological response to parental death", *Archives of General Psychiatry*, vol. 38, núm. 3, pp. 316-323.
- Ibáñez, Jesús (1979), *Más allá de la sociología*, Madrid, Siglo XXI.
- Illich, Ivan (1976), *Némesis médica*, trad. de Juan Tovar, México, Joaquín Mortiz.
- Johnston, H., E. Laraña y J. Gusfield (1994), "Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales", en Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas), pp. HN17.5 N84 (trab. social UNAM).
- Kalish, Richard A. (1976), "Death and Dying in a Social Context", en Robert H. Binstock y Ethel Shanas *et al.* (eds.), *Handbook of Aging and the Social Sciences*, Nueva York, Van Nostrand, pp. 154-180.
- Kalish, Richard A. y Ann I. Johnson (1972), "Value Similarities and Differences in Three Generations of Women", *Journal of Marriage and the Family*, vol. 34, núm. 1, pp. 49-54.
- Kastenbaum, Robert (1969), "Death and Bereavement in Later Life", en Austin H. Kutscher (ed.), *Death and Bereavement*, Springfield (Illinois), Charles C. Thomas, pp. 28-54.
- Kübler-Ross, Elisabeth (1974), *Sobre la muerte y los moribundos*, trad. de Neri Daurella, Barcelona, Grijalbo.
- Lipovetsky, Gilles (1998), *La tercera mujer*, trad. de Rosa Alapont, Barcelona, Anagrama.
- (1994), *El crepúsculo del deber*, trad. de Juana Bignozzi, Barcelona, Anagrama (Colección Argumentos).
- Liotard, Jean-François (1984), *La condición postmoderna*, trad. de Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra.
- Malvido, Elsa (2005), "Crónicas de la Buena Muerte a la Santa Muerte en México", *Arqueología mexicana*, vol. 13, núm. 76, pp. 20-27.
- Marí-Klose, Marga y Jesús Manuel de Miguel, (2000), "El canon de la muerte", *Poética y Sociedad*, núm. 35, pp. 115-144.

- Morgan, David L. (1993), *Successful Focus Groups: Advancing the State of the Art*, Newbury Park (California), Sage.
- Morin, Edgar (1994), *El hombre y la muerte*, Barcelona, Kairós.
- Paz, Octavio (1994), *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Quintanar, Fernando (2000), *Atención a los ancianos en asilos y casas hogar de la Ciudad de México. Ante el escenario de la tercera ola*, México, Plaza y Valdés.
- Ramírez, Juan Luis (1994), "Ofrenda a los muertos: regeneración de la esperanza y la vida del México reciente", *La Colmena*, núm. 4, pp. 43-45.
- Rivera, Jesús (2001), *Redes familiares en el cuidado del anciano con demencia. Análisis evolutivo de un estudio poblacional*, Madrid, Consejo Económico y Social.
- Rubio, R. (1981), "El problema de la muerte en la tercera edad desde la perspectiva psicológica", *Revista de psicología general y aplicada*, vol. 36, núm. 4, pp. 719-727.
- Sandoval, Eduardo (1994), "Identidad y tradición cultural en el México contemporáneo", *La Colmena*, núm. 4, pp. 46-50.
- Solís, Fernando (1999), "El envejecimiento demográfico: reto del siglo XXI", en CONAPO (comp.), *El envejecimiento demográfico de México. Retos y perspectivas*, México, Consejo Nacional de Población, pp. 409-414.
- Sudnow, David (1971), *La organización social de la muerte*, trad. de Giovanna von Winckhler, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- Thomas, Louis-Vincent (1991), *La muerte, una lectura cultural*, trad. Adolfo Negrotto, Barcelona, Paidós.
- (1983), *Antropología de la muerte*, trad. de Marcos Lara, México, Fondo de Cultura Económica.
- Thorson, James A. y F. C. Powell (1988), "Elements of Death Anxiety and Meanings of Death", *Journal of Clinical Psychology*, vol. 44, núm. 5, pp. 691-701.
- Tizón, Jorge L. (2004), *Pérdida, pena, duelo. Vivencias, investigación y asistencia*, Barcelona, Paidós.
- Van Gennep, Arnold (1986), *Los ritos de paso*, versión castellana de Juan Aranzadi, Madrid, Taurus.
- Zárate, Verónica (2002). *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*, México, El Colegio de México/Instituto Mora.

